



NOTAS SOBRE PARÍS

LAS NODRIZAS

No hay nada tan bonito como el paseo de una á dos de la tarde de chiquillos de pecho y de nodrizas en el Luxemburgo, en las Tullerías, durante esos primeros días de buen sol y esos primeros estremecimientos de la Naturaleza al empezar la primavera. En esos rinconcitos

abrigados donde se dan cita todas las nodrizas, se pasean por grupos llenas de flotantes cintas ó se alinean en sillas, protegiendo al *bebé* con el amplio quitasol con forro color de rosa ó azul; y mien-



tras el chiquillo, dormido bajo el velo transparente y el elegante encaje de su gorrita, aspira con todo su monísimo ser la savia de la primavera, la nodriza, radiante, descansada, con los labios agitados perpetuamente por una sonrisa, pasea en derredor una mirada triunfante,

levanta la cabeza, ríe y charla con sus compañeras.



Hay allí una cincuenta de nodrizas, todas con el traje de su país; pero el traje elegantizado, transformado, y dando á la solemnidad del regio jardín cierta extraña poesía de ópera cómica. Tocados variados y magníficos; las bri-

llantes telas chillonas de las gasconas y de las mulatas; las cofias conventuales de las bretonas; la enorme y ligera toca de las alsacianas; el aristocrático *hennin* de las hijas de Arlés y las altísimas cofias del país de Caux, afiladas como agujas de catedrales góticas, y escondidas en los crespos rodetes de pelo; las grandes agujetas de oro de las bearnesas...

El aire es suave; los parterres están embalsamados; un olor á resina y miel cae de los botones de los castaños. Allá abajo, junto al estanque, la música militar ataca un vals. La nodriza se agita, el niño chilla, y entretanto los soldados que pasan por allí se ponen colorados como el pompón de su morrión ante aquel montón de paisanas suyas, á las cuales encuentran considerablemente embellecidas.

Esa es la nodriza de paseo, vestida y metamorfoseada por la vanidad de los padres y por seis meses de residencia en París. Pero para ver la verdadera ama de cría, para conocerla bien, es preciso sorprenderla cuando llega de su pueblo, en uno de esos extraños establecimien-

tos que se llaman agencias de colocaciones, y donde se hace el comercio de madres en beneficio de los chiquillos parisienses necesitados de una leche cualquiera. Está eso allá por el Jardín de Plantas, al final de una de esas tranquilas calles que han quedado todavía en pleno París, como si fuesen las calles de una ciudad de provincias, en las cuales hay instalados colegios, fondas, casitas con jardín que se hallan pobladas de sabios viejos, de pequeños rentistas y de gallinas; en la fachada de una casa antigua, con un porche grande, se ve en una muestra un letrero con esta sola palabra: *Nodrizas*.

Delante de la puerta pasean en grupo unas cuantas mujeres aburridas y harapientas, con niños en brazos. Se entra: un pupitre, una ventanilla con enrejado, el lomo de cobre de un libro enorme; gente que espera sentada en los bancos; la eterna oficina, siempre la misma, igualmente correcta y fría, lo mismo en los mercados que en el depósito de cadáveres, lo mismo cuando se trata de vender frutas como de registrar muertos. Aquí

se trafica en carne viva. Si os toman por personas *decentes*, os ahorrarán el rato de espera en el banco, y ya estáis en el salón.

Papel de florecitas en las paredes, las baldosas coloradas y enceradas como en el locutorio de un convento, y á un lado y otro de la chimenea, encima de unos fanales que encierran flores contrahechas, los retratos al óleo y con marco dorado del señor director y de la señora directora.

El señor parece alguien: cabeza de agente de negocios retirado ó de pedicuro enriquecido; su señora, bien metida en carnes, sonríe con sus tres barbillas en la oscuridad de un oficio fácil y descansado, con no sé qué expresión de dureza que da siempre el manejar un rebaño humano. Algunas veces es una partera ambiciosa; otras es una antigua nodriza dotada de aptitud para los negocios.

Un día, hace mucho tiempo, llegó á una casa parecida á ésta, tal vez á la misma, á vender, pobre campesina, un año de su juventud y de su leche. Pasea por

delante de la puerta como todas las demás, hambrienta, con su hijo en brazos;



como las demás, ha estropeado la estameña de sus sayas á fuerza de rozarla contra el banco de piedra.

Ahora han cambiado los tiempos: es rica, es célebre. La gente de su pueblo que la vió salir de allí vestida de harapos, no habla de ella sino con el mayor respeto. Allí es una autoridad, casi una providencia.

Ha habido mala cosecha, y el propietario aprieta. Aquella noche, al amor de la lumbre, el hombre dice calentándose las callosas manos:

—Eufrasia, oye, hay que ver lo que se hace. Tienes buena leche, y el dinero va siendo caro; ¿por qué no te vas á París y te pones á criar? Nadie se muere por eso, y la directora de la Agencia, que es paisana nuestra, te buscaría una buena casa en seguida.

Y se va, y detrás de ella, otra. Poco á poco se adquiere la costumbre, porque el afán del lucro continúa la obra comenzada por la miseria. Ahora, cada vez que nace un niño, su madre sabe lo que ha de hacer. El chiquillo se quedará en el pueblo á que le dé de mamar la cabra; y la leche de la madre, bien vendida, servirá para comprar un terruño ó para completar un prado.

Toda celebridad de este género, toda directora de agencia de colocaciones,



explota, explota particularmente el pueblo de su naturaleza. Una monopoliza la Auvernia, otra la Saboya, ésta las lan-

das bretonas, aquélla las costas del Morvan. ¡Cosa notable! El mercado de amas de cría en París sigue las fluctuaciones de la vida rústica. Los años de buenas cosechas escasean las nodrizas; éstas afluyen á París con los malos tiempos; pero sea bueno ó mal año, son casi imposibles de encontrar durante la recolección, en época de vendimia y en los meses en que hay mucha labor en el campo.

Ahora las oficinas de colocación parecen bien provistas. Sin contar las nodrizas que hemos visto al entrar arrastrando sus zuecos, delante de las puertas hay veinte ó treinta debajo de las ventanas, en un jardinillo transformado en patio, de aspecto lúgubre, con sus arbustos descuidados y una porción de camisitas de niños, secándose, colgadas de una cuerda atada, á una higuera enferma y á un tilo muerto.

Todo alrededor, una serie de cuartos bajos, la desnudez de los cuales recordaba al mismo tiempo las rancherías de los negros esclavos y los camastros de los presidiarios. Allí duermen las no-

drizas con sus hijos hasta tanto que encuentran colocación.

Allí acampan en jergones colocados en catres, en un acre relente de suciedad rústica, en medio del perpetuo beerrar de los chiquillos amontonados, que se despiertan todos en cuanto uno de ellos llora, y empiezan á chillar á coro, con la boquita abierta en demanda del pecho. Por eso prefieren el aire libre del jardincillo, por donde andan de un lado á otro durante todo el día, con aspecto aburridas ó de locas, sin sentarse más que para coser un poco, para poner un remiendo más á alguna saya ya cien veces remendada, harapo de color especial, color de tierra ó gris, ó bien de esos colorines amarillos desteñidos, azules apagados, que la moda de París toma por refinamiento á la miseria campesina.

Pero ya entra la señora en el salón con el traje de su oficio, coqueta y seria al mismo tiempo; una multitud de lazos flamantes sobre un cuerpo negro, con mirada severa y suave manera de hablar.

—¿Desea usted una nodriza?... ¿De se-

senta francos al mes?... Está bien... Tenemos un completo surtido de ese precio...

Da una orden; la puerta se abre; las nodrizas llegan por grupos de ocho ó diez; se alinean, sumisas, con su hijo en brazos, haciendo ruido con los clavos de los zapatos y con torpes movimientos de las reses de un rebaño... ¿No convienen éstas? Pronto, otras diez... Y siempre son los mismos ojos bajos, las mismas timideces miserables, las mismas mejillas secas y ajadas, color de corteza y color de tierra. La señora las presenta y alaba la mercancía.

—...Sana como una manzana... muy lechera... mire usted el niño.

Y el angelote, con efecto, es siempre muy hermoso. En el establecimiento hay siempre dos ó tres para figurar en lugar de los que estuvieran enfermos.

—¿De cuánto tiempo es la leche de usted, ama?

—De tres meses, señor.

La leche es siempre de tres meses. Vedlo, si no; del corpiño entreabierto sale un abundante chorro blanco, rico

de savia campesina. Pero no os fiéis; aquél es el pecho de reserva, del cual no mama nunca el chiquillo. Sería preciso ver el otro pecho, el que se esconde avergonzado y escuálido. Sin contar con que con unos cuantos días de reposo absoluto, se almacena siempre alguna cantidad de leche.

Y la señora enseña, la señora destapa, con la autoridad de la posesión y la impudencia de la costumbre, á esas pobres criaturas asustadas.

Al fin se escoge y se toma la nodriza; es preciso ajustarle la cuenta. La directora pasa al otro lado de la ventanilla y hace la cuenta. Cuenta que asusta. Primero el tanto por ciento de la casa, luego lo que debe la nodriza por manutención y cuarto. ¿Qué más? Los gastos de viaje. ¿Está concluido? No; falta la mujer que se ha de llevar al pueblo al hijo verdadero.

¡Triste viaje ese! Se espera á que haya que llevarse cinco ó seis chiquillos, y la encargada de llevarlos los mete en una banasta y los ata con la cabeza fuera como si fuesen gallinas. Más de uno se